

MAITE R. OCHOTORENA

**DONDE
HABITA
EL
MIEDO**



Maite R. Ochotorena
Donde habita el miedo



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Maite R. Ochotorena, 2023

Autora representada por Editabundo, S. L., Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Fotografía de la cubierta: © Magdalena Russocka / Trevillion

Primera edición en Colección Booket: julio de 2023

Depósito legal: B. 10.775-2023

ISBN: 978-84-08-27585-5

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Mentiría si dijera que no sabía cómo llegó allí. Mentiría y perdería el derecho a seguir adelante con su historia si no reconociera que fueron sus decisiones, equivocadas o tal vez solo desafortunadas, las que la llevaron a la verja que daba paso a la vieja casa de sus padres, un refugio perdido en algún punto de un boscoso valle guipuzcoano. Allí, al amparo de la falda de la montaña más abrupta, pensaba esconderse del mundo.

Del mundo. Y del miedo.

Mentiría, sin duda, si dijera que no estaba siendo cobarde.

—¿Cómo que vas a instalarte allí? —La voz de su hermana sonó preocupada y algo histérica al otro lado del teléfono. Acababa de llegar y el motor de su todoterreno aún estaba en marcha. El capó humeaba. Quitó el contacto y se bajó despacio, mientras Cristina hablaba atropelladamente, cada vez más nerviosa—. Ainhoa, pero ¿vas a quedarte allí? ¿Sola? ¿Cuánto tiempo?

—No lo sé.

«Puede que permanentemente», pensó.

Un largo silencio se hizo entre ellas, antes siempre tan comunicativas y alegres; Ainhoa casi pudo sentir cómo la mente lógica y racional de su hermana trabajaba a toda máquina buscando sentido a su decisión. Estaba claro que no iba a encontrarlo, porque ni ella comprendía bien por qué iba a hacer lo que iba a hacer. Solo sabía que no le quedaban alternativas.

—Ainhoa, ¡hay otras opciones! ¿Qué necesidad hay de que te vayas sola? ¡Ahí no se te ha perdido nada!

—No tengo otra posibilidad, Cris.

—¿Cómo que no? ¡Ainhoa! ¡Allí no hay nada! ¡Te vas a hundir en la miseria si te aíslas en ese sitio! Oye, haremos lo que sea mientras encuentras un trabajo. Ya veremos cómo, pero vente. Por ahora no puedes quedarte en casa, ya sabes que no tengo sitio, aunque algo haremos... Lo que no puedes hacer es tirar la toalla, ¿eh? Te apoyaremos lo que sea necesario y lo sabes, ¡pero aquello está abandonado y perdido en medio de la nada! Lo que necesitas es estar con nosotros, que somos tu familia y te queremos. Ven ahora mismo, esta noche, iré a buscarte a casa a eso de las ocho y lo hablamos en la cena.

—No puedo trabajar —dijo Ainhoa en un susurro apenas audible.

—Sí que puedes, ¡ya encontrarás algo que te vaya bien!

—¡No! —insistió angustiada. Su hermana no podía entenderlo, nadie podía hacerse una idea de lo que estaba pasando—. No puedo, Cris.

—Bueno, voy a buscarte y lo hablamos.

—No puedes, ya estoy aquí. —No quiso decirle que ya no tenía casa a la que ir a buscarla. Ese desgarrón era solo para ella. Abrió la verja despacio y atravesó el jar-

dín, una agreste extensión cubierta de hierba muy crecida, tan poblada que apenas podía andar. La puerta de la casa permanecía muda ante ella—. Te llamaré, ¿vale?

—¿Cómo que ya estás allí? Ainhoa...

—Hasta pronto. Te quiero.

Se quedó inmóvil, con el teléfono apretado en la mano, delante de la puerta de entrada. Soltó la mochila, que quedó a sus pies, llena de lastre.

Y de repente no pudo respirar.

Clavó los ojos en aquella vieja puerta como esperando a que se abriera, reviviendo las veces en que sus padres la recibían con sonrisas y abrazos cuando aún vivían y pasaban la mayor parte del año allí.

Sin embargo, aquello pertenecía a otro capítulo de su vida y, en ese instante, aquel lugar solo era el vestigio de un pasado mejor. El refugio que antaño le produjera felicidad parecía ahora un pozo de nostalgia que bien podía devorarla. Como su miedo.

Y se había propuesto instalarse allí porque no tenía otro lugar donde quedarse.

Había tenido que salir de casa a escondidas, dejando atrás toda una no-vida. Después de tanto tiempo intentando solventar una situación desesperada, sin empleo, sin recursos, atenazada por una relación que estaba acabando con su voluntad, no le quedaban fuerzas para pedir ayuda a amigos y familiares. Ellos ya se lo habían dado todo. Pero, por encima de eso, no necesitaban saber. Necesitaba mantenerlos apartados de su dolor, de una pesadilla demasiado aterradora. Nadie podía salvarla, tal vez ni siquiera pudiera hacerlo ella. Sin posibilidad de labrarse un futuro, sin poder mirar atrás ni adelante, sentía que estaba perdiendo la partida. Definitivamente.

A no ser que encontrara respuestas, muy pronto perdería también la cabeza. Al menos eso le parecía. Estaba tan confusa... Se sentía como una rueda que se lanza cuesta abajo desconociendo lo que encontrará al final de la caída, sin importarle el daño, porque en el fondo quería ese daño, quería el dolor y la herida como penitencia porque no soportaba ser quien era, y prefería ignorar las consecuencias y dejarse llevar, aunque fuera hacia el desastre. Y ojalá encontrara su recompensa en forma de bofetada, una que la hiciera despertar.

El móvil le sonó de nuevo en la mano y dio un respingo. Miró la pantalla y vio que su hermana insistía. La melodía que le había asignado para saber que era ella quien la llamaba se elevó en el silencioso atardecer del valle para perderse a su alrededor, como un eco fantasmal. Se le antojó fuera de lugar en aquel paraje tan apartado de la civilización y sus dispositivos de última generación. Sonaba y sonaba y ella estaba cada vez más tensa.

Cristina no iba a permitir que se aislara en aquellas montañas sin dar guerra, mucha guerra. Con un movimiento del dedo, Ainhoa bajó la pestaña que ponía en modo «silencio» el teléfono. La calma regresó. Sus nervios no necesitaban más sobrecarga.

La pantalla siguió iluminada, parpadeando mientras mostraba la imagen sonriente de Cristina, que continuaba esperando a que contestara. Ainhoa se quedó mirando su foto de contacto. No pensaba iniciar una discusión. No por el momento. Pulsó el botón superior y apagó el teléfono del todo. De ese modo recuperaba el control, al menos superficialmente.

Se quedó pensando un lapso indefinido. No porque

estuviera razonando concienzudamente, sino porque sus mermadas energías no le permitían ver con claridad, mucho menos ordenar sus ideas. Solo sabía que debía afrontar el siguiente paso.

Así que hizo un esfuerzo y la pregunta surgió en su mente: ¿cómo iba a cruzar aquel umbral y enfrentar el abandono, la humedad y los posibles inquilinos de aquella casa de montaña a la que nadie había vuelto en años? Una enorme soledad quebró su determinación.

El corazón empezó a latirle en el pecho como si fuera a desbordarse, la ansiedad le robó el color de las mejillas y el pánico la asfixió, paralizándole el cuerpo como si un puño de hierro lo tuviese sujeto. La ansiedad, que invariablemente acudía para robarle la voluntad y el raciocinio, atacaba de nuevo. Ainhoa creyó que iba a desvanecerse. Estaba muy perdida, perdida y sola. Respiró despacio, buscando recuperar el dominio sobre sus nervios. Imaginó en su cabeza las preguntas que su hermana le hubiese hecho de haber respondido su llamada, preguntas llenas de cordura frente a su irracionalidad. Ainhoa no tenía respuestas.

Cuando después de un rato se hubo calmado lo suficiente, buscó las llaves en el abrigo. Temblaba como una hoja mientras hurgaba en el fondo del bolsillo. A lo lejos, dispersos y huecos, se oían los familiares cencerros de las yeguas que solían pacer en el valle, salvajes, de patas cortas, largas crines y grandes barrigas. Ese sonido, que de niña la relajaba y la hacía feliz, la ayudó a concentrarse y a localizar el manojito de llaves. En cuanto lo aferró, recuperó el control.

«Venga, Ainhoa. Veamos qué tenemos aquí.»

La soledad. Eso tenía.

Al abrir la puerta, un profundo hedor a humedad se

liberó de las entrañas del refugio y sacudió su entereza, inundando sus fosas nasales hasta hacerla estornudar. Aquello llevaba demasiado tiempo deshabitado y el frío de la montaña, junto con la niebla que lo cubría todo y la incesante lluvia, habían dejado su huella en paredes, techos y suelo. Iba a necesitar mucho trabajo para adecentar la casa y convertirla en un hogar donde esconderse.

Recordó entonces que, antes de dejar el piso de San Sebastián, había encontrado un sobre lleno de dinero escondido en un altillo. Suponía que Urko lo había ocultado allí a sus espaldas. No lo había contado, pero sabía que se trataba de una cantidad importante. ¿De dónde había sacado semejante suma? ¿Acaso era dinero robado? Con todas las penurias por las que la había hecho pasar...

Sin duda eso traería consecuencias. Se estremeció. No podía pensar en ello, o lo echaría todo a perder.

«¡Céntrate!»

Antes de entrar, antes de dar un paso y penetrar en la oscuridad, se preguntó dónde iba a acostarse. Se alegró de haber llevado un saco de dormir y la colchoneta, porque dudaba que las viejas camas de las habitaciones estuvieran en buenas condiciones. Sin duda los ratones, las arañas y todos los insectos del planeta se habrían instalado en los colchones, que a buen seguro iba a tener que quemar.

«A ver si la chimenea funciona.»

Encendió la linterna, que había añadido a su *kit* de supervivencia, y dirigió el haz de luz hacia las tinieblas. El ambiente quedó rasgado por aquel cuchillo de claridad cuyo filo revelaba las formas que encontraba a su paso. Fuera aún era de día, pero la luz no osaba tras-

pasar la entrada, como si las sombras la mantuvieran a raya en el umbral. Todo estaba en calma, como si el tiempo se hubiese detenido. Percibió el aire estancado, el silencio muerto de un lugar aislado del mundo exterior.

Ainhoa tosió, el aire era irrespirable allí dentro. Necesitaba encender el motor auxiliar que había en la leñera de la parte de atrás cuanto antes si quería desterrar aquellas sombras y hacerse una idea de hasta qué punto el abandono había corroído aquel lugar. Recordaba que, en sus últimos años de vida, su padre había instalado un interruptor que permitía encenderlo y apagarlo desde dentro, y quiso probar si funcionaba, pese a que era consciente de que el motor llevaba demasiado sin ser utilizado; ni siquiera estaba segura de que tuviera gasolina en el depósito. Dirigió la luz de la linterna hacia el rincón donde recordaba que estaba el botón y caminó hacia él, no muy segura de dónde pisaba. Entonces escuchó claramente cómo un número indefinido de ratones correteaba por el suelo en todas direcciones, huyendo de su presencia.

—Por favor, funciona...

La noche pronto se le echaría encima y no le hacía ninguna gracia tener que arreglárselas solo con la linterna. Aún tenía que trasladar sus pertenencias hasta allí. Pensó en el coche aparcado fuera. El Toyota... El Toyota, con el maletero lleno a reventar. Se reprendió por no haber planeado mejor las cosas, por haberse presentado allí por la tarde en vez de por la mañana, con tan pocas horas de luz por delante.

«¡Ni eso sabes hacer!»

Esa voz retumbó en su cansada memoria. Tuvo que esforzarse por apartarla y enterrarla de nuevo en el fon-

do del cajón de sastre donde pretendía mantenerla a raya.

Pulsó el interruptor.

Y no pasó nada.

Insistió tres o cuatro veces más, aun sabiendo que el motor no iba a ponerse en marcha, y finalmente se resignó a salir a la leñera y comprobar la gravedad de la situación. Al menos había tenido la precaución de llevar un bidón hasta los topes de combustible. El sol descendía rápido y empezaba a rozar amenazadoramente las líneas del horizonte. Pronto se escondería tras las montañas y la noche la alcanzaría.

Dio la vuelta a la casa con prisa, apartando las malas hierbas que crecían por todas partes abrazándole las rodillas, y alcanzó la leñera en la parte de atrás. El tejado se había venido abajo y la hiedra, que antaño crecía tímidamente por las paredes, lo envolvía todo con una densa red de tallos leñosos y hojas de gran tamaño. Ainhoa entró y echó un vistazo. Localizó sin dificultad un bulto al fondo, cubierto con una tela asfáltica: el motor. Por fortuna, el tejado no lo había aplastado y aún podía acercarse sin peligro. Olía a queroseno y a leña. Miró de reojo y se le escapó una medio sonrisa: aún quedaba una buena carga de madera cortada apilada contra la pared, suficiente como para aguantar todo un invierno. Una preocupación menos.

Dejó la linterna sobre el grueso tocón que su padre utilizaba para cortar la leña con el hacha y apartó la tela. La única fuente de electricidad del refugio quedó a la vista.

Según le pareció, el motor tenía gasolina suficiente, el problema era que llevaba demasiado tiempo parado. Contaba con una manilla para arrancarlo manualmen-

te. Tiró con todas sus fuerzas, con un solo gesto, rápido y seco.

Nada.

Volvió a intentarlo repetidas veces, sin que sonara ni un chasquido ni un amago de arranque. Nada. Estaba muerto.

Iba a tener que apañarse sin electricidad, al menos hasta que pudiera echarle un vistazo más concienzudo al día siguiente. Probablemente sería cuestión de limpiar aquel trasto y engrasarlo antes de lograr que funcionase de nuevo. O tal vez estuviera definitivamente roto.

Fue a sacar sus cosas del coche. Iba a tener que habilitar un espacio donde pasar la que sin duda iba a ser la noche más larga de su vida.